

Dionisio "Baco" Rangel alcanzó la fama muy jovencito, cuando en el programa de radio *Los niños catedráticos* dio sin titubear la receta de las tortitas de tuétano poblanas.

Descubrimiento : saber de gastronomía puede ser fuente no sólo de fortuna, sino de magníficos banquetes, convirtiendo la necesidad de la supervivencia en el lujo de la vivencia. Este hecho definió la carrera de Dionisio, pero no le dio una meta superior.

La trascendencia del mero apetito en arte culinario, y de éste en profesión bien remunerada, se la otorgó el amor por la cocina mexicana y el concomitante desprecio por otras cocinas de muy pobre perfil, como la de Estados Unidos de América. Antes de los veinte años, había cinco grandes cocinas en el mundo: la china, la francesa, la italiana, la española y la mexicana. Otras naciones tenían platillos de primera-Brasil la feijoada, Perú la gallina al aji, Argentina la excelencia de sus carnes- pero sólo la cocina mexicana era un universo en sí.

(...)

Llamado, también prontamente, a escribir en diarios mexicanos y extranjeros, dar conferencias, aparecer en televisión y publicar libros de cocina, a los cincuenta y un años Dionisio "Baco" Rangel era una autoridad culinaria, celebrado y bien pagado, sobre todo, en el país al que más despreciaba por la pobreza de su cocina. Llevado y traído por los Estados Unidos de América (sobre todo después del éxito de la novela de Laura Esquivel, *Como agua para el chocolate*), Dionisio decidió que ésta era la cruz de su existencia : predicar la buena cocina en un país incapaz de entenderla o practicarla.

(...)

Dionisio alegaba que él no era anti-yanqui ni en este capítulo ni en cualquier otro, por más que no hubiese niño nacido en México que no supiera que los gringos, en el siglo XIX, nos despojaron de la mitad de nuestro territorio, California, Utah, Nevada, Colorado, Arizona, Nuevo México y Texas. La generosidad de México, acostumbraba decir Dionisio, es que no guardaba

rencor por este terrible despojo, aunque sí memoria. En cambio, los gringos ni se acordaban de esa guerra, ni sabían que era injusta. Dionisio los llamaba "los Estados Unidos de Amnesia". Con humor, pensaba a veces en la ironía histórica en virtud de la cual México perdió todos esos territorios en 1848 por culpa del abandono, el desinterés y la poca población. Ahora (sonreía pícaramente el elegante, bien vestido, distinguido y plateado crítico) estábamos en el trance de recuperar la patria perdida gracias a lo que podría llamarse el imperialismo cromosomático de México. Había millones de trabajadores mexicanos en los Estados Unidos y treinta millones de personas, en los Estados Unidos, hablaban español. ¿Cuántos mexicanos, en cambio, hablaban correctamente el inglés? Dionisio sólo conocía a dos, Jorge Castañeda y Carlos Fuentes, y por estos dos sujetos le parecían sospechosos. Le resultaba admirable en cambio, la exclamación del torero andaluz Cagancho: "¿Hablar inglés? Ni lo mande Dio" El hecho es que si los gringos nos chingaron en 1848 con su "destino manifiesto", ahora México les daría una sopa de su propio chocolate, reconquistándolos con mexicanísimas baterías lingüísticas, raciales y culinarias:

(...)

Todo esto para que entiendan ustedes con qué conflictivos sentimientos llevaba a cabo Dionisio "Baco" Rangel, dos veces por año, sus giras por universidades norteamericanas donde el espanto de sentarse a cenar a las cinco de la tarde no era nada comparado con el horror de lo que a esa hora, en que los mexicanos apenas se están levantando de almorzar, se servía en las mesas académicas. Generalmente, el banquete se iniciaba con una ensalada de lechuga desmayada, coronada con jalea de fresa: este toque, le habían dicho repetidas veces en Missouri, Ohio y Massachusetts, era muy sofisticado y gourmet. Seguía el consabido pollo de hule, inconfortable e inmasticable, servido con ejotes duros y un puré de papas enamorado del sabor del sobre de donde salió. El postre era una simulación del strawberry shortcake, pero en versión esponja de baño. Por último, un café aguado permitía ver hasta el fondo de la taza y admirara los círculos geológicos que diez mil porciones de veneno habían dejado en ella. Lo mejor, se dijo Dionisio, era beber disimuladamente el té helado que a todas horas y en toda ocasión era servido insípidamente, pero al menos con sabrosas rodajas de limón. Rangel las chupaba ávidamente para no acatarrarse durante el viaje.

¿Tacañería? ¿Falta de imaginación? Dionisio Rangel decidió convertirse en el Sherlock Holmes de lo que pasa por la "cocina" en los Estados Unidos, conduciendo una investigación secreta, somera y satisfactoria en hospitales, manicomios y cárceles. ¿Qué descubrió que se servía allí? Ensalada con jalea de fresa, cauchesco pollo, esponjoso pastel y trasiúcido café. Se trataba, concluyó nuestro héroe, de comida institucional, generalizada, cuyas excepciones habrían de ser, si no memorables, acaso sorprendentes: profesores, reos, locos y enfermos dictaban el tono de los menús norteamericanos o quizás, las universidades, manicomios, cárceles y hospitales eran todos servidos por la misma agencia de alimentación.

(...)

Los estudiantes de Baco lo miraban como un loco y para desmentirlo, lo invitaban a veces a MacDonalds después de clase, con el aire de proteger a un enajenado o de aliviar a un menestero. ¿Cómo iban a entender que en México un campesino, aunque coma poco, come bien? La abundancia, eso era lo que celebraban sus estudiantes gringos, exhibiéndose ante el estrafalario ("weird") conferenciante mexicano con los cachetes llenos de hamburguesas despanzurradas; las panzas, de pizzas del tamaño de una rueda de carreta; y las manos, de sandwiches altos como los célebres emparedados de Lorenzo-Dangwood en la tira cómica e inclinados tan peligrosamente

como la Torre de Pisa. (También hay un imperialismo de las tiras cómicas. La América Latina recibe los comics norteamericanos pero ellos no publican nunca los nuestros: Mafalda, Patoruzú, los Supersabios o la Familia Burrón jamás viajan de sur a norte)

(...)

Abundancia. Sociedad de la abundancia. (...) Insiste: no es su culpa. ¿Cómo evadir, aunque sea durante dos meses al año en los Estados Unidos, que el lugar donde uno se encuentre-hotel, motel, apartamento, faculty club-se llene en un abrir y cerrar de ojos de correo electrónico, cupones, ofrecimientos de toda laya, premios asegurándole a uno que ha ganado un crucero al Caribe, suscripciones indeseables, montañas de papel, periódicos, revistas especializadas, catálogos?

Como repuesta a este alud de papeles, multiplicada por mil con el advenimiento del sistema electrónico E-Mail, solicitudes, falsas tentaciones, Dionisio decidía abandonar su papel receptor, pasivo, y adoptar otro, emisor, muy activo. En vez de ser la víctima de la avalancha, decidió comprar la montaña. Es decir, se propuso adquirir todo lo que le ofrecían los anuncios de televisión, las leches malteadas para adelgazar, los clasificadores para documentos, los CDs irrepitibles con las mejores canciones, las historias ilustradas de la segunda guerra mundial, los complicadísimos aparatos par entonar y/o desarrollar los músculos, los platos conmemorativos de Elvis Presley o la boda de Carlos y Diana, los videos de ejercicios, todas las tarjetas de créditos habidas y por deber, todo, todo, decidió que era irresistible, suyo, apropiable, hasta los detergentes mágicos que todo lo limpian, incluso una mancha emblemática de mole poblano.

Secretamente conocía las razones de esta voracidad adquisitiva. Una era confiar en que si él

aceptaba expansiva, generosamente , lo que Estados Unidos le ofrecían —regímenes para adelgazar , detergentes, canciones de los cincuenta- los Estados Unidos acabarían por aceptar lo que él les ofrecía —paciencia y buen gusto para cocinar un escabeche victorioso -. La otra era vengarse de los premios que, llamado a concursar en televisión , Dionisio iba acumulando , otra vez , pasivamente .

(...)

La verdad es que Rangel hacía estos circos para darse a conocer ante públicos más amplios , más que para ganar las lavadoras automáticas , las aspiradoras y los viajes a Acapulco con que sus éxitos eran premiados.

(...)

En sus giras por universidades y los estudios de televisión norteamericanos , Dionisio tenía que pasar muchas horas solitarias, gastando su melancolía en fútiles reflexiones. Las rarezas norteamericanas solicitaban su atención , le complacía descubrir que debajo de los lugares comunes sobre la sociedad uniforme robótica, sin personalidad culinaria(artículo de fe) se agitaba un mundo multiforme excéntrico , cuasi-medieval en su fermento corrosivo del orden impuesto, antes, por Roma y su Iglesia , hoy por Washington y su Capitolio.

(...)

Quizás fueron estas curiosidades las que condujeron a Dionisio "Baco" Rangel a su más reciente manera de entretenimiento en California. Pasó semanas sentado frente a esos lugares que ponían a prueba su paciencia y su buen gusto-los MacDonalds, Pizza Hut, Taco Bell-con el propósito de contar a los gordos (y a las gordas) que entraban y salían de esas catedrales del mal comer. Llegó armado de estadísticas . Hay cuarenta millones de personas obesas en los E.E.U.U. , más que en cualquier otro país del mundo . Gordos, pero en serio : masas de color rosa , almas perdidas detrás de rollos y más rollos de carne, hasta hacer perdedizas, también , características como los ojos, la nariz , la boca.

(...)

El desfile contemplado le debía más a Fernando Botero y sus adiposos repartos de cortesanas inmensas que Rubens no llegó a imaginar , curas obesos, niños hinchados, generales a punto de reventar ...¡Cuarenta millones de gordos gringos! ¿Eran el resultado de la mala alimentación? ¿Por qué sólo se daba en Estados Unidos y no en España, en México o Italia, a pesar de las butifarras y los tamales y los tallarines? En la panza de cada panzón que pasaba, adivinaba Dionisio millones de bolsas de celofán guardando celosamente , en el vacío previo a la plétora, miles de millones de papas fritas, palomitas de maíz, cereales audibiles, montañas de helado tricolor, hamburguesas duras y delgadas como suelas de zapatos hechas con carne de perro pero servidas entre túmulos de pan gordo, insípido, inflado, la hostia nacional americana embarrada de ketchup (Ésta Es Mi Sangre) y cargada de calorías (Éste Es Mi Cuerpo)... Nalgas como esponja , manos húmedas y transparentes como gelatina, piel rosa deteniendo la masa contenida del pus, la sangre y las escamas...las vio pasar.

(...)

Se detuvo en su carrera frente a un aparador de la American Express. Un manequi representando a un mexicano típico dormía la siesta apoyado contra un nopal, protegido por un sombrero ancho. El clisé indignó a Dionisio , entró violentamente a la agencia de viajes , sacudió el manequi pero el manequi no era de palo, era de carne y hueso, y exclamó, "Vóytelas, ya ni dormir lo dejan a uno".

Los empleados gritaron, protestaron, deja en paz al pi-ón, déjalo hacer su trabajo, estamos promocionando a México, pero Dionisio lo arrastró fuera de la agencia, lo tomó de los hombros, lo agitó, le preguntó quién era, qué hacía allí.

(...)

4

Casi nadie los vio. Abandonaron el Mustang en el desierto de Colorado, al Sur del valle de la Muerte. El peón perdido en el centro comercial durante diez años no había perdido su hábito ancestral de cargar cosas sobre las espaldas. Ahora Dionisio lo abrumó hasta el tope con una pirámide de aparatos electrónicos, máquinas para adelgazar, irrepetibles CDs, videos de ejercicios, platos conmemorativos y latas, docenas de latas, el mundo enlatado, la gastronomía de metal, mientras Dionisio reunía entre los brazos los catálogos, las suscripciones, los periódicos, las revistas especializadas, los cupones, y entre los dos, "Baco" y su escudero, el Don Quijote de la buena cocina, avanzaron hacia el sur, hacia la frontera, hacia México, regando a lo largo del desierto norteamericano, por tierra que un día fue de México, las aspiradoras y las lavadoras, las hamburguesas, las cervezas insípidas y los cafés aguados, las pizzas grasientas y los helados hot dogs, las revistas y los cupones, los CDs, todo regado a lo largo del desierto, rumbo a México sin nada gringo, exclamó Dionisio, arrojando a los aires, a la tierra, al sol ardiente, todos los objetos acumulados, hasta que el Mustang estalló en la distancia, dejando una nube sangrienta como un hongo carnal y Dionisio le dijo a su compañero, todo, despójate de todo, despójate de tu ropa, como lo hago yo, ve regándolo todo por el desierto, vamos de regreso a México, no nos llevemos ni a una sola cosa gringa, ni una sola, mi hermano, mi semejante, vamos encuerados de vuelta a la patria, ya se divisa la frontera, abre bien los ojos, ¿ves, sientes, hueles, saboreas?

Desde la frontera entraba un fuerte olor de comida mexicana, imparable.

-¡Son las tortitas de tuétano poblanas! —exclamó con júbilo Dionisio "Baco" Rangel-
¡Quinientos gramos de tuétano! ¡Dos chiles anchos! ¡Huele! ¡Cilantro! ¡Huele a cilantro!
¡Vamos a México, vamos a la frontera, vamos, mi hermano, llega desnudo como naciste, regresa encuerado de la tierra que lo tiene todo a la tierra que no tiene nada!

La receta de las tortitas de tuétano poblanas consiste en 500 gramos de tuétano, una taza de agua, dos chiles anchos, setecientos gramos de masa, tres cucharaditas de harina y aceite para cocinar.

EL AUTOR: Carlos FUENTES

Carlos Fuentes es un destacado escritor latinoamericano nacido en México en 1928. Debido a que su padre ocupó diferentes cargos en la diplomacia mexicana, pasó parte de su infancia en Estados Unidos y en Chile. Algunas de sus novelas más famosas son: *La muerte de Artemio Cruz*, *Zona Sagrada*, *Terra Nostra*. En 1994 fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias.

LA OBRA: *LA FRONTERA DE CRISTAL*

El cuento elegido pertenece a la novela "La frontera de Cristal". En esta obra, Fuentes aborda la problemática de la inmigración de aquellos que han de salir de su país para ganarse mejor sustento, así como también la separación que se ha dado entre México y Estados Unidos a lo largo de 200 años.